

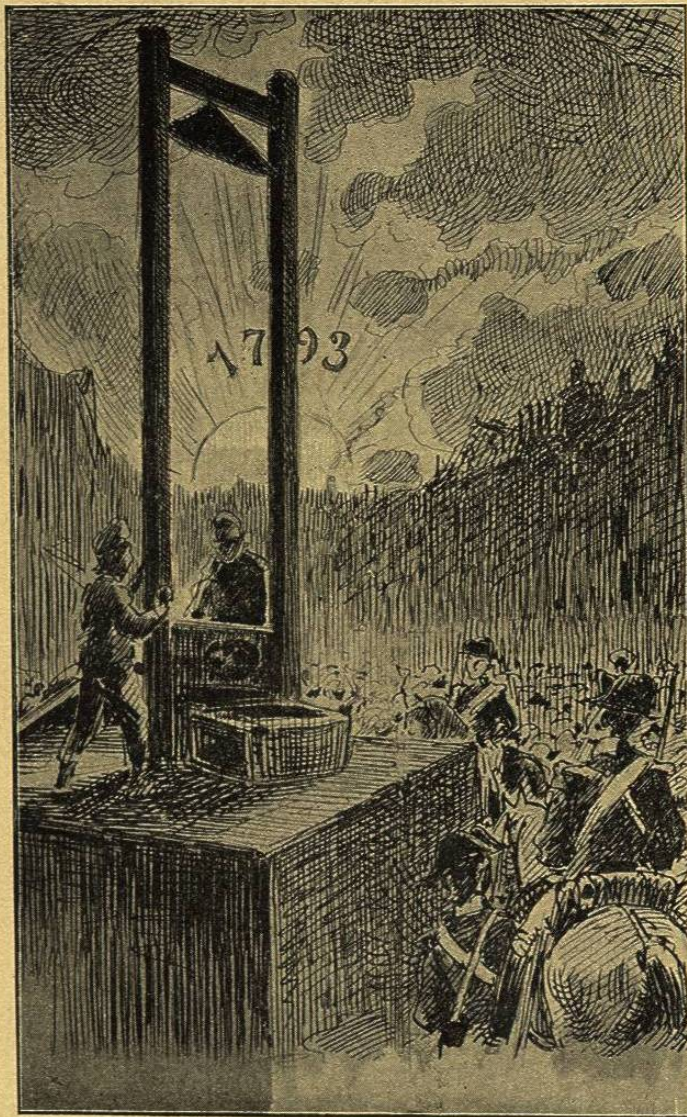
porque es necesario que todo, aun el mismo mal, concluya, después de pasar la fiebre y la ictericia, después de haber amado y odiado mucho, de haber mentido, engañado, trampeado, vendido y excitado; después de un montón de malas acciones, noches en el garito, berlangas, sacanetes, fumaderos, caemos, semejantes á viles gañanes ahogados por el orgullo. Y no sabemos qué hicimos de nuestra alma, que fuéramos sembrando tras de nosotros y al azar, en aquella sombra y entre aquel humo. El hombre, moneda falsa, escudo siniestro y negro, que el cambista Satán clava con frecuencia en su mostrador, pieza que guarda la muerte en pago de la orgía, pertenece al caos, que Dios marca con su efigie.

## XXI

## LA GUILLOTINA

Las revoluciones, esas grandes libertadoras, son feroces, como hijas de las monarquías. Cuando, por fin cansado, el género humano trató de salir del pasado para entrar en el porvenir, no percibió otra puerta que la que le ofrecía, bajo el hierro en que el relámpago resplandece, el espacio comprendido entre aquellos dos postes, entre aquel marco horrible.

Sí, hombres, fugitivos rebaños, esa es la única entrada, y ¡misterio sombrío! por ahí se ha de salir,





porque esa es la formidable puerta del pasado. Entrad en el porvenir por ese hueco sepulcral. Por lo malo se ha de pasar para salir de lo malo. A fin de escapar de la sangrienta rutina, el género humano pasa por encima de una cabeza, de la última cabeza; atravesando el interno entra en el cielo; porque, al aplastar al monstruo, el hombre es monstruoso.

¡Erupción de los derechos del hombre! ¡Sombrias lavas! ¡Fuga exasperada y fiera de los esclavos! ¡Triste y firme ley del reflujo! ¡Lúgubre parto del 21 de Enero! ¡Todo un mundo surgió, todo un mundo se desmorona!

¡Coche horrible que atraviesa por entre la multitud! El sacerdocio y el poder hablan. ¿Qué dicen? ¡Sombrio es el cuchicheo de aquellos dos negros perfiles! Mientras que en torno de ellos ruge, se proclama y estalla la rebelión del pueblo y la sedición del alma; mientras que, sobre la tierra y en el firmamento, se oye el lúnebre y dulce crugido del antiguo paraíso y del antiguo reino, el rey espectro habla bajo al sacerdote fantasma.

¿Qué había hecho aquel rey, aquel condenado, aquel paciente pálido y pensativo? Había nacido. ¿Fue aquella injusta muerte? ¿Quién se atrevería á decirlo? Fue el castigo, fue el martirio á la vez. ¡Responsabilidad sombría del inocente! ¡Oh revoluciones! El ideal está ensangrentado; lo sublime es horrible, lo horroroso es sublime. ¿Cómo explicar ese doble aspecto del abismo?

¡Oh qué choques de segures, de tribunos y de escudos! Veo relucir las frentes, oigo cómo hablan las voces; la luz crece y la sombra es cada vez mayor;



toda la heroica y vasta tragedia pasa ante mis ojos como desencadenado torbellino.

—¡Formad batallones!—dice la Marsellesa. Allá abajo, en un acceso de ansia de algo y de cólera, el viejo gorro del presidiario secular fué atado á una lanza, formando extraño estandarte.

No es aquello un senado, no es un foro; es un ejército de titanes que todo lo quieren reconstruir; son lúgubres colosos que ya comienzan á bramar. ¡Noche, tormenta, océano espantoso y bello! Cada ola que huye se llama Mirabeau, Robespierre, Brissot, Gaudet, Buzot, Barnave, Petion. Hebert manchó la espuma con su baba, y sumergido, sangriento, hecho pedazos, muerto, diseminado, el antiguo dogma cae aquí y acullá, se hunde, y todo el pasado desaparece con la misma ola.

Habla Dantón, que representa el rumor de un mundo, que es una idea y es un hombre; resplandece, conmueve corazones y paredes; lo que dice aseméjase al paso estrepitoso de una enorme cuadriga; una torrente de palabras, una verbosidad sobrehumana, soberbia, avasalladora, despréndese de su boca, semejante á una tempestad, y baja, y corre y se esparce sobre la multitud. ¿Construye? No, desmorona. ¿Destruye? No, funde. Mientras que al viento del porvenir lanza sus gritos, que corea el clamor de los proscriptos viejos tronos, el pueblo ve pasar, entre trueno y trueno, una multitud de relámpagos que acaban por tragarse la obscuridad; ¡habla, es el elegido, el arcángel, el enviado! ¿Será interrumpido? El que se hubiese atrevido á hacerlo habría sido hecho añicos. Por otra parte, ¡nadie hubiera sido capaz de detenerle! Todo se doblegaba al escucharle, todo se con-

movía, se estremecía todo. ¡Tan poderosos son los discursos que caen de lo alto! ¡Tan fuerte es el alma! ¡Tan terrible es, para los hombres apocados, el sonido que hacen las ruedas del carro del talento!

Después de los flamígeros se yerguen los espantosos; jueces, fieros fiscales, vengadores, demonios del bien.—¡Piedad!—se les grita.—¡Un momento! ¡Perdón! Y ellos contestan con voz ronca:—¡Nada nos conmoviera!

¿Oís como Marat aúlla en su cueva? Muerde á los tiranos y besa á los oprimidos. Promueve la protesta encarnizada, impulsa al furor, á la venganza, á la destrucción, á la vida sin trabas; tendido boca abajo, rechinando los dientes, lívido, astuto, trabaja en la inmensa evasión pública; atraviesa el espeso muro del presidio y, en su covacha, del sombrío calabozo descubre el cerrojo enorme; ase el antiguo mundo y desnuda su horrible llaga; le arrastra de calle en calle; es la claraboya y es á la vez la garganta de donde salen las cien mil voces distintas; escribe; el viento de la tormenta se lleva y esparce su talento, una hoja, de fango y de luz inundada, especie de horrible harapo de la idea. Denuncia, liberta, consuela, maldice; es el áspero bandido de la santa libertad; agita la antigua y monstruosa cadena, haciendo sonar el hierro contra su odio; á su alrededor se ven huesos humanos. Sólo Carlota, con el corazón valeroso de los antiguos romanos, se atreverá á penetrar en ese antro inabordable. Aquel hombre es el miserable, es el formidable, es el augusto infame, es el enano gigante. Degüella, despedaza, extermina conforme crea; un pobre desconsolado le conmueve, un rey ensangrentado le encanta; su furor ama; vierte una lágrima espantosa. ¡Con qué inmensa rabia llora



cuando socorre á los que sufren! Grita al moribundo:—¡Mata! Grita al robado:—¡Roba tú también! Grita al oprimido:—¡Pisotea! ¡aplasta! ¡desmenuza! De vidrio ante una desgracia y duro como el bronce ante otra, dirige á aquella multitud, á aquella nación, á aquel pueblo, un saludo de exterminación. Duro, pero grande; ¡frente lívida entre las frentes célebres! Tenebroso, ataca y destruye las tinieblas. Es un murciélago que hace la guerra al cuervo. Sacerdote impostor de la verdad, disforme amante de lo bello, combate á la sombra con todas las armas negras, piedras, lodo y gargajos, afrentas, gritos burlones, himnos al cadalso, puñal, risa mefistofélica, que saca á manos llenas del espantoso arsenal; este hombre puede hacer uso de todo, menos del rayo.

La piedra desmenuza si el molino quiere moler. En las vertientes varias de los escombros pendientes, los que parecen buenos, los que parecen malos, esbozan en común la misma liberación; hacen el derecho, hacen el pueblo, hacen la nación. ¿A qué llamáis Borbón, majestad, rey, delfín? Todo lo que produce la indigencia, el hambre, la ignorancia, el mal, la guerra, el hombre bruto, concluyó, debe caer. Es una cabeza; y para recibir cabezas se hizo el cesto. Caminan, y al caminar destruyen el obstáculo, cualesquiera que éste sea. Y matar al que mata es el dogma de todos.

¡Ruina en la que el orden social surge, se constituye y vive!

Por exceso de amor se aborrecen; la bondad se torna odio; á fuerza de pensar en la suerte que espera á los desheredados, no tienen corazón sino para una especie de hechos y son, por compasión, inexorables.

Para ellos, el rubio delfín es ya todo un rey. ¿Qué importa su palidez, su fiebre, su espanto? Oyen los sollozos del triste porvenir. El niño tiene en sus manos el poder del déspota, y le aplastan bajo el trono natal.

Así, todos los despojos del fatal viejo mundo, obispos encadenados, reyes conducidos al banquillo de los acusados, desaparecen aplastados bajo su bárbara piedad. ¡Tigres compasivos! ¡Formidables corderos! La sangre que Dantón vierte mancha á Vergniaux; así en la montaña como á los piés de la Gironda, mientras el porvenir canta, ruge espantosamente el horror.

\* \* \*

Sí, el derecho se irguió sobre los códigos bastardos; sí, se sintió el sordo estremecimiento del lado de los destinos cuando, al subir lentamente la escalera de los años, el siglo XVIII puso el pie en el ochenta. ¡Trece más, el fatídico número, y llegó el día!

Entonces, como ocurre á cada fenómeno, á cada cambio que se opera en el alma humana, como cuando Jesús muriera en el Gólgota, el reloj de los siglos se detuvo, dejando la hora incompleta é interrumpida: la profunda mirada de los sabios penetró en las nubes, y vióse cómo una mano introducía la confusión en la marcha del tiempo.

Se comprendió que se había llegado á los solemnes instantes en que todo recomienza, que se entra en la fase, que la cima iba á descender hasta la falda, que el nadir iba á tornarse el cénit, que el pueblo tenía á sus piés al rey destronado. Un lívido



crepúsculo se vió sobre Sodoma, promesa amenazadora que el pueblo, ese infeliz, ese mendigo cuyo capote retorcía el viento, presidiario en la galera ó judío entre los suyos, recibió levantándose, suspendiendo su queja monótona, y riendo y exclamando: —¡Llegó ya el gran otoño! Se acerca la estación esperada. Aquello está ya maduro. En el cielo se ha visto una señal.

La Revolución, prensa prodigiosa, comenzó el trabajo de la vasta recolección, y con los corazones comprimidos de los que expresaban la rebeldía, aplastando á Clodoveo después de aplastar á los reyes caducos, llevó á cabo su obra suprema y triste. Y, bajo su tornillo, toda la Europa fué como una viña sombría. Entonces, en el campo vago y lívido de la sombra, se esparció humeante no sé qué negra oleada, y se vió, ¡terror nunca sentido!, que bajo la horrorosa prensa, á través de horribles velos, surgía brillante luz mezclada con sangre y con estrellas; y se vió cómo resbalaba el viejo abeto de los tronos, y oyóse cómo el pasado agonizaba, y cómo, radiante la frente, roja y fangosa la mano, la gran vendimiadora entonaba un canto en honor de la libertad.

¡Días del pueblo cíclope y del titánico espíritu!  
¡Vida y muerte pendientes de la misma polea! ¡Tiempo espléndido y fatal, que arroja á la misma hoguera el grito de un Josafat y el himno de una Génesis!

El que se atreviera á mirarte fijamente, convención, cráter, Etna, humeante abismo; el que introdujera la horca en tus ascuas; el que sondeara ese pozo que se llama Noventa y tres, sentiría encabritarse y huir su juicio. Cuando Moisés vió á Dios, el vértigo hizo presa en él; y yo, ante la historia de los

horizontes innumerables, tiemblo y llego á sentir el mismo sombrío deslumbramiento.

Porque es ver á Dios ver las grandes leyes de la suerte.

\* \* \*

No, el fin no está en que la cuchilla y la muerte respondan á la muerte. Espíritu mío, continúa profundizando. ¡Fuera la admiración del mundo y la decepción de los humanos que un progreso no apareciera sino causando pesar á los justos, que la sombra entristeciera el alba, y que, tocándole con su mano ensangrentada, en el momento de ir á cederle el sitio y el camino, el espantoso ayer manchara de sangre el mañana!

No, ese no es el fin. No es posible, Dios, que toda tu ley se reduzca á cambiar de blanco y á hacer pasar el asesinato y la violencia de manos de los reyes á las del pueblo estupefacto.

El pueblo no quiere tan lúgubre herencia.

¿De qué serviría el esfuerzo de los hombres si el sabio no pudiera ver otra cosa que el vano resultado que encierra el choque del derecho humano contra el derecho divino? ¿Y si, cuando en el fondo de la sombra escucha á la voz doble: el pasado, el porvenir, la materia, el espíritu, la voz del pueblo Inferno, la voz del pueblo Cristo, no percibiera otra cosa que aquella turbia luz?



## II

La historia es verdaderamente sombría. ¡Oh reyes, hombres trágicos! ¡Demencias del poder sin límites! ¡Lógicas de la espada y del cetro, que exterminan, aplastan y pasan por encima de todo para conseguir lo que se proponen! La omnipotencia tiene á Caín por antecesor!

Con sólo ver los siglos á través de repetidos relámpagos, ¡qué sueños inusitados! ¡qué extraños fulgores! Ahí están los idiotas junto á los asesinos. Zam, que se despierta tarde, multa á los que madrugan; Claudio degüella á su esposa y luego la reclama; Bayazeto quiere sújetar los vientos contra los postes; Jerjes fustiga al mar; Fur escupe sobre el Athos. Pillaje, traición, robo, perjurio, homicidio, parricidio, infanticidio; padres desnaturalizados, hijos rebeldes. Octavio usurpa, oprime, degüella, y sesenta naciones le elevan un templo en Lión. Para Felipe, Flandes es una pira digna de ser contemplada con admiración; León X estrangula por distraerse á un cardenal; Majencio, tras de Galerio, es algo de diabólico; ahí está Sancho, atolondrado por fúnebre embriaguez; ese otro es Mahoma, el que matara á sus diez y nueve hermanos; después de asesinar á su padre, Manfredo, que es aquél, sentóse sobre el cadáver para esperar á que se enfriara; los Trastamaras resucitaron á los Orestes; Acab hace amontonar bajo la mesa sus miembros mutilados á hombres sin manos, sin piés, sin dientes y sin ojos; Cayo triunfa con sangre hasta los ejes de su carroza; Ricardo de York estrangula á Eduardo V; Estramiro el Malo, es malo,

pero Juan el Bueno es peor; Selim, extraviado por el desorden y el incienso, corre hacia Estambul, atravesando con sus flechas á los transeuntes; Zeb planta un bosque de cadalsos en Nicea; Cristiern hace que todos los días sean cubiertos de agua helada los cautivos que, desnudos, tiene encadenados en los subterráneos; Galeazo Visconti, con los brazos sujetos á los riñones, resuella agonizando, oprimido por la cuerda que Esforcia pasa por los ojales de su camisa de fuerza; Cosme, á la hora en que el medio día convierte el cielo en brasero, hace que un macho cabrío lama á su padre, una vez cubierto de miel; Solimán para distraerse hace arder á Tauris; furioso por haberse enterado de que se da de mamar á su hermano, Alonso arranca á mordiscos los pezones de los senos de Urraca; Ulad mira como mueren sus sobrinos, y ríe al ver que el palo les sale por la boca; Borgia comulga; Abbas, albañil feroz, con hombres vivos y con ladrillos hace torres que llenan el espacio con sus lastimeros aullidos; allí, el cetro vándalo; la ley de los burgundos más lejos; Cleopatra renace peor en Fredegunda; Iván manda en Moscou, Carlos reina en Madrid; en tiempos de Luis llamado el Grande, las madres eran abiertas en canal para matar á sus hijos en sus vientres.

Pero ¿dónde están, pues, los lobos? ¡Oh antros, antros! ¡Cañaveral por donde se deslizan, fangosas y frías, las boas! ¿Acaso corre sangre por las venas de esos reyes? ¿Dónde hay corazones como los suyos? ¿Son nuestros semejantes? ¡Profundos cielos; antes que ver á esos hombres, prefiero encontrarme ante el tigre, y, antes que oír sus voces, á mi lado ruja siniestramente el león!

Pues bien, ¡venga la venganza, la muerte, la des-



dicha, las represalias! ¡Brille la tea en los Rhamseion, en los Kremlin, en los Versalles! ¡Que Polión sea á su vez aplastado por Assa! ¡Los verdugos al verdugo! ¡Justicia! ¡Talión!

\*  
\* \*  
\*

¡No, nada de cadalsos! Muy distintos pedestales han de servir de base á las santas repúblicas.

Este siglo, el más grande de todos los siglos, ha sabido comprenderlo. El día en que Febrero amaneció sobre París, partió por la mitad la inmensa obra de nuestros padres, y grave, arrodillado ante los grandes misterios, no conservando sino el derecho, devolvió á Dios la muerte. No se hizo nuestro dedo para oprimir el resorte de ese hierro espantoso que cae y vuelve á levantarse; la Libertad no es un instrumento para el tablado que se alza en la plaza de la Grève; no es mango á propósito para la repugnante cuchilla; Carrier, Le Bas y Hebert son Felípes segundos; Fouquier-Tinville tiene algo del duque de Alba; Barrère viene á ser un Maistre, y Chaumette es hermano de Bábille; Marat, Couthon y Saint-Just, de los cuales sale la venganza, sirven á la vida con los aparatos de dar la muerte; lo que hacen es fatal; es siempre la antigua obra, y siéntese en ella el frío de la serpiente antigua. No, la verdad no ha de llevar consigo el arrepentimiento. En nombre de todos los muertos y en el de todos los mártires, ¡nada de venganza! La vida es sagrada. El águila de hoy, cerniéndose en el espacio, deja que la sangre enmohezca el pico del viejo buitro. El pueblo debe crecer, ser amo cuando le toque, que la grandeza se prueba con la dulzura. ¡Concordia! La loba no dará ya de mamar á nuestros hijos; nuestro porvenir no está

ya en un antro, no es amamantado por el horrible vientre negro de la fatalidad.

Aquel reo arrastrado en una tumba que rueda; aquellas pupilas de tigre surgiendo en la multitud; aquel sacerdote, aquel verdugo, todo aquel fatal grupo; aquel banquillo, picota si no era pedestal; aquel cesto, aquella infame fosa que se abre; aquel hacha, son de la infausta sombra; aquel o que ocultaba el cielo, la verdad, el astro; aquello era del crepúsculo y pertenecía al pasado; el pueblo siente que en sí nace un alma nueva, y no quiere nada de la noche y lo pide todo á la aurora.

Avancemos. El progreso es una necesidad de luz.

Cierto que Dantón fué grande, que Robespierre era puro; en otro tiempo, aplastando, á pesar de los gritos y de las amenazas, las mandíbulas de la hidra con sus forzudos puños, gladiador gigantesco del circo de los desastres, obligado á despejar todo el antiguo caos, el gran 93 no hizo sino lo que debiera. Pero nosotros, que respiramos la atmósfera ideal, que tenemos corazones distintos de los de aquel tiempo, creemos que ha concluido la fatal época; sobre el viejo nivel de las olas, por encima del odio, por encima del miedo, nuestro siglo cumple su deber; construye la gran Babel santa; y Dios permite esta vez que el hombre levante su torre.

La república debe afirmarse por medio del amor, por el enlace de las manos y de los pensamientos, por lo bello, por lo bueno, por lo verdadero, por lo grande, por el progreso vivo, animado y activo, por la materia, de la que el hombre al fin dispone, por la sonrisa augusta y tranquila de la vida, por la fraternidad,



en todas partes risueña, y por una blancura inmensa hacia oriente.

Con el soberbio 10 de Agosto, en el que, en la bruma, bajo el postrer relámpago humea el último trono; con Luis, mártir de su herencia, rey que tronchara Francia en perjuicio de la libertad; con aquel nacimiento; con la agonía aquella, toda la obra trágica y feroz quedó rematada. Y la era de paz sigue á la era de terror.

El derecho no tiene necesidad de enfurecerse, ni de ser violento, ni de echar una espada al platillo de la balanza; cuando aparece, se tiembla; y cuando anda, se dice ¡Es Dios!

¡Muera la muerte! ¡Al fuego la ley sangriental! ¡Al fuego el viejo Korán de hierro, el espantoso é implacable código que confunde lo irremisible con lo irrevocable, que hiere, que se venga y que se engaña! ¡Abajo, cruz que asiste á Jesús y soltaste á Barrabás! ¡Abajo la horca, con todas sus negras ramas! Horca que Vouglans mezcla á sus requisitorias, espantoso madero en que se apoyara Tristán, máquina de Tyburn y de la Cebeda, ¡derrúmbate por tí misma, derrúmbate con el Santo Oficio y el gabinete estrellado, y vuelve contra tí la muerte que encierras! ¡Tablado que el infierno hace lamer á sus perros, ve á podrirte en la tierra eterna y divina que ya, árbol sin raíces, no te conoce, que te niega la savia y que no da la vida al bosque feroz en que la muerte floreciera! ¡Huye, disuélvete, piérdete en la gran naturaleza! ¡Herramientas que dieran la muerte y torturaran, monstruosas, lúgubres; asesinas herramientas, acordaos de los buenos, de los inocentes, de los santos, y pedíos unos á otros cuenta de lo que hicie-

rais! Todos los crímenes del débil son hijos de los vuestros.

¡Madero, mella el hacha y quiebra la cuchilla! ¡Hacha, vuélvete segur y da sobre el madero! ¡Exterminaos, oh tenebrosos cómplices! ¡Y cae confundido, bosque de los suplicios, rueda, escala, garrote, horca, cuchilla y guadaña! ¡Cae, constructor de cadalsos, bajo los golpes del progreso!

## XXII

## TALAVERA.—RELATO DE MI PADRE

Ocurría esto en un pueblo de España, en Talavera de la Reina.

Nos batíamos con los ingleses, quienes ocupaban la parte del Mediodía, apoyándose en una antigua fortaleza; nosotros nos hallábamos hacia el Norte. Dos vertientes; un barranco entre ambos ejércitos. Se combatía desde por la mañana; el humo que hace un combate encarnizado manchaba el sol, que aparecía terrible en el fondo del cielo; y el astro eterno que da su ser al alba efímera, siempre viejo y joven como el viejo Homero, el mismo sol que había ya visto Aquiles, se vengaba derramando sobre nosotros, combatientes ensordecidos por el estrépito de los cañones, las olas negras de su luz inmensa; nos cegaba; sombra arrojaba en mitad de los truenos humanos el gran rayo de Dios; brillaba reinando, y nos abrazaba siniestramente.